

La brecha entre lo deseado y lo hallado

IGLESIA, C., El Jaber, L. (Directoras del volumen) (2014).

Una patria literaria, vol. 1, *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigida por Noé Jitrik. Buenos Aires, Emecé.



Por Claudia Torre

La Historia Crítica de la literatura argentina dirigida por Noé Jitrik tiene doce tomos. *La patria literaria* -que es el primero- salió en penúltimo lugar -antes del último tomo, el 12, en preparación- y así nos recuerda en la serie, que lo fundacional supone también el conjunto total. En la página 495, Jitrik recuerda, aludiendo al momento en que España se aleja -como lazo y destino-, que en realidad estamos asistiendo a una patria que no es hija de nadie, el punto alfa entre destino y expresión: un decir el presente. Y con la serie de la patria huérfana, de la patria que se hace sola, a sí misma y sin pasado, irrumpe el grupo de investigadores que su Director exalta en el Epílogo: la actitud crítica, el rigor de la investigación y la coherencia teórica que asumen los autores de los artículos de los tomos, *los animales del Arca de Noé* que sobrevivirán al diluvio universal.

El tomo ofrece una bella edición, casi tan bella como la de algunas editoriales independientes en Argentina: el color obispo, el gráfico risueño de la *Flora Santafesina* de Florián Paucke, que coloca en el centro al ubajay como un precioso árbol a ser visto pero que condensa también el timbre guaraní.

Todo el volumen presenta una característica que no ofrecen los otros: un acompasado tono poético: “En el río de la Plata no hay registro de la voz indígena, más que la que recrea el conquistador, tampoco lo hay de la visión del espacio de lo propio, ya que ni siquiera el mestizo narra desde el lugar territorial identitario y reivindicativo. El río de la Plata es esa tierra atravesada por la mirada de un sujeto ajeno que llega y padece y, por lo tanto, marcada culturalmente por la biografía de esos ojos, por la brecha entre lo deseado y lo hallado” señalan las compiladoras del volumen. Y es bajo el signo de esa brecha, trágica y fundadora al mismo tiempo, que Iglesia y El Jaber parecen haber reunido su conjunto de voces críticas.

Para hablar de los indios, Hernán Pas convoca a Ricardo Rojas quien explica que “lo que une a nuestros hidalgos criollos y a nuestros indios es la comunidad de la tierra y de la idea” e inmediatamente cuestiona esa hipótesis que simplifica el orden conflictivo de la interacción étnico-social. Sin embargo, en todo el

tomo predomina la pregunta por el nosotros, está allí, en los plurales de Susana Poch: el nuestro y el nosotros. Dice la investigadora hablando de Rivarola “son nuestros en los Romances la patria, la religión, pero también cada hombre que pelea, los voluntarios y los organizadores, son nuestros los piquetes sueltos y las guerrillas, los patricios, los peones y criados, los niños, los muchachos, los viejos y las gentes, las monjas, las mujeres del barrio, también los negros, los indios y los pardos, los valientes esclavos de las casas y sus dueños, nuestros son este pueblo y esta ciudad”. La pregunta por el nosotros transporta a la noción de ciudadanía y también a la de compatriotas y vecinos urbanos y configura también el nosotros de los indios que habitan la patria de la frontera y el de los gigantes patagónicos del cronista Antonio Pigafetta, narrados por María Jesús Benítez.

En una entrevista que Franco Marcoaldi le hace a Julia Kristeva en marzo de 2014 ella dice “Al final de su crítica de la razón pura, Kant entrevé la posibilidad de un *corpus mysticum* de seres racionales, en el cual el yo y su libre albedrío se reúnen con algo totalmente distinto de sí. Eso es mucho más que el desgastado concepto de solidaridad. Se trata entonces de una incitación a entrar en contacto con el otro, a comprenderlo, salvaguardando su singularidad, su excepción librando una batalla de una negociación inagotable entre las diferencias”. Creo que este es, de alguna manera, el cometido que se propone este tomo.

La enumeración de objetos y sujetos, los intelectuales, los cronistas de Indias de Loreley El Jaber, los barcos las memorias y las traducciones, los textos-mapas, los lacónicos territorios del *Lazarillo de Ciegos Caminantes*, de Mariselle Meléndez, los actores y las alegorías neoclásicas de Martín Rodríguez, los letrados patriotas con sus escritos y traducciones de Alejandra Laera, la feliz experiencia rivadaviense de Klaus Gallo, las fiestas cívico-partidarias de Ricardo Salvatore, los autores por partida doble de Pablo Ansolabehere: autores de una obra y autores de un género (como Hidalgo), los frailes periodistas de Claudia Román: doctores porteños y federales montoneros, el patrón descriptivo de los cuestionarios, relaciones e historias de Elena Altuna, los libros

prohibidos de Graciela Batticuore, el Luis de Tejada de Beatriz Colombi con sus versos de arrepentimiento. Los sapos, las culebras, los tipógrafos y los ingenieros de Irina Podgorny, sus curas, sus fósiles, sus frailes y el mismísimo Pedro de Angelis en la versión italiana de Amanda Salvione.

Retomo una cita de Monteagudo en la Gaceta de Buenos Aires de 1812, que encuentro en el tomo: “Los indios son y deben ser reputados con igual opción que los demás habitantes nacionales a todos los cargos, empleos, destinos, honores y distinciones”. Me pregunto qué pasó ahí, no en el volumen de esta

reseña sino en la patria misma. Y me gusta pensar que jirones de argumentos de esa respuesta tal vez estén distribuidos en *la lucha de los lenguajes*, en *el brote de los géneros*, en *Sarmiento*, en *la crisis de las formas*, en las rupturas de *Macedonio Fernández*, en *el oficio que se afirma*, en *la irrupción de la crítica*, en *que la narración gane la partida* o en *una literatura en aflicción*. Una sustancial hipótesis de Cristina Iglesia sobre cómo se construye al primer escritor detalla la multifacética saga crítica en torno a la obra del autor de “El Matadero”. Ahora entonces sabemos que en la patria literaria, críticos y autores resultan cofundadores de la literatura nacional.